



Mario Levi

He hecho un pastel para ti







**Titulo original: Size Pandispanya Yaptim**

**© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017**

**Traducción del turco: Pablo Moreno**

**ISBN : 978-84-16734-71-9**



## Sinopsis

*He hecho un pastel para ti* es una gran saga familiar en el Estambul de la segunda mitad del siglo XX. Mundos que desaparecen con una generación mientras otros nacen con las siguientes. Miedos, esperanzas y memorias que se desvanecen con la muerte de los mayores mientras los que los sobreviven continúan con su trajín diario de afectos, rencores y olvidos.

Pero hay algo que se repite siempre, transmitido de generación en generación como el bien más precioso: el arte de la cocina. Una tradición de sabores y aromas que unen a los hombres y mujeres más allá de los avatares de la vida. Todo cambia y se transforma cuando podemos sentarnos a una mesa con quienes nos son más próximos.

Ésta es pues una novela que se degusta como un manjar exquisito, mientras ante los ojos del lector desfilan una ciudad, Estambul, y las dos hermanas Lea y Rahel, con sus hijos, sus nietos, sus maridos, sus nueras y yernos, sus recuerdos. Una historia de amores y desamores, de secretos y engaños, de éxitos y fracasos. La historia de una familia que podría ser cualquiera contada por uno de los grandes escritores de nuestro tiempo que es, a la vez, un magnífico cocinero.

Soy una mentirosa. Y lo que vais a leer enseguida está construido sobre mentiras. ¿Es delito? No lo sé. Yo ahora ya solamente me acuerdo de lo que los personajes de la historia me han contado. Sin olvidar jamás que sus verdades las han confeccionado las cosas que me han ido mostrando, incluso las que no me han podido enseñar. Todo el mundo se sincera y acarrea sus verdades como puede; es lo que pienso y punto. Además, ya tengo de sobra con lo que yo misma he vivido. Y con la malicia que llevo dentro...

La mía es, en realidad, la historia de un crimen. La historia de un crimen del que se sabe quiénes son los autores. ¿Puede tener una víctima más de un único asesino? Naturalmente, varía en función del asesinado. También es posible que se haya producido más de una única muerte. Yo he visto mi propio crimen. Como todo el mundo. Todo el mundo en esta historia ha actuado igual, ya lo vais a ver. Todos han vivido principalmente con su propio crimen. Por eso no busquéis ninguna coherencia en lo que se cuenta. Nadie va a rastrear a nadie ni a tratar de desentrañarlo.

Que creáis o no lo que estáis leyendo os corresponde a vosotros. Acercaos, acercaos un poco más, no tengáis miedo, que por dejarse engañar todavía no se ha muerto nadie. Y después de lo que estáis viendo, quizá también os entren ganas de plantearos algunas preguntas. Por unas preguntas tampoco se muere nadie. Incluso se vuelve aún más inmortal. ¿No nos llegan precisamente de nuestros muertos las preguntas más importantes con las que contamos? Pensad un momento. ¿Respuesta? No, no, no respondáis enseguida. De hecho, ¿qué es eso a lo que llamáis muerte? Un interruptor que baja, de acuerdo. Y quienes desean vivir la vida como es debido suelen saber encima cuándo bajar el Interruptor. Queda lo que hemos dejado a

nuestras espaldas. Lo que hemos dejado en este mundo. ¿Tendremos recuerdos que merezca la pena recordar? ¿No sabíais que tanto el paraíso como el infierno los habíais construido allí donde vivíais? ¿Que ésta era una oportunidad que se le ofrecía a uno varias veces? ¿Que el mayor error, de haberlo, provenía de darse uno demasiada importancia? ¿Que hasta el mal de amores se sufría por este motivo? Dejémoslo. A saber a quiénes os habrán recordado ahora estas preguntas. Son todas vuestras. Al igual que vuestros muertos. Igual que todo cuanto habéis engendrado. Igual que lo que habéis abandonado y a cuanto habéis sido abandonados. Preguntas verdaderas evocan preguntas verdaderas, ya lo sé. Vosotros preocupaos de lo sinceros que podéis ser mientras os las estáis planteando. Reconciliarme con mis flaquezas no ha resultado tan fácil. Es más, ni tan siquiera estoy segura de en qué medida lo he conseguido. Lo único que sé es que la conciencia, tarde o temprano, sale ganando. Pese a todas las pérdidas aparentes. De lo contrario, no habría querido hablar de sinceridad. Ésta ha sido una de mis más duras batallas.

He cometido un crimen. No, no, no un crimen metafórico; un crimen de verdad. Y no estoy mintiendo. Porque todavía no os he empezado a mentir. Me estoy delatando. Pero no puedo contaros ni a quién he matado ni porqué. De momento no puedo. Si lo hiciera, se perdería la magia del relato. Y puede que, para colmo, no quisierais seguir escuchándome. Sea como sea, lo explicaré. Paciencia, un poco de paciencia. La que he mandado al otro barrio era una persona cercana a mí, muy cercana, de hecho. La historia tenía que terminar así, y yo he hecho cuanto ha estado a mi alcance. Con la esperanza de volver a empezar. Porque el final de esta historia, el final para vosotros, supondrá para mí un principio verdadero. Un principio, por fin. Puesto que ahora ya sí creo profundamente en la posibilidad de que los crímenes, los verdaderos crímenes, hagan libre al hombre. Pero no me voy a marchar sin haber contado antes

todo lo que pueda contar. Estoy hablando, como veis, de contar todo lo que pueda. Y lo que no pueda, me lo guardaré para mí. Porque lo que he vivido no es algo que pueda digerir todo el mundo. Además, soy más que consciente de que, se viva lo que se viva, no queda más remedio que guardarse algunas de las verdades más profundas. Y de que esconderse de este modo tiene que ver con preservar la existencia. Incluso con resistir a la muerte... Después de todo lo que he visto, con lo que me ha tocado cargar... ¿Vosotros no sois así? ¿Podéis asegurar haber sido capaces de confesar todas y cada una de vuestras verdades? Vuestras fantasías ocultas, vuestros sueños, los deseos que se han quedadas en vuestras tinieblas, vuestras mentiras, las veces que habéis escurrido el bulto, lo que habéis sobrellevado como si fuera un delito... Como queráis. Es vuestro derecho más legítimo interpretar la obra a vuestra manera. Yo, de hecho, estoy hablando de mí. Porque confío en que lo que sí voy a poder contar va a ser suficiente para construir una historia.

En realidad, no tenía ninguna intención de ponerme a indagar en el relato ni de vivirlo del modo que vals a ver a continuación. No pensaba siquiera hacerme pasara mi misma por semejante historia. Yo perseguía otro sueño. Seguía el rastro de otra muerte, o de varias. Para vendar las heridas que tenía dentro. Lo que a mí me atraía eran las estancias de los que desconocían el significado de que a uno lo dejaran marginado, de los que habían optado por refugiarse en sus zonas de seguridad. Allí era a donde quería yo llevar la maldad. La maldad en estado puro. Porque esa sensación de cobijo era mí enemiga. ¿Que qué clase de destino es éste? ¿Que encima es muy confuso? Claro que puede resultar confuso, tenéis razón. Todavía no me conocéis. Y yo no sé si después de lo que estáis viendo os vais a arrepentir de haberme conocido. En tal caso pensaréis que era una chiflada más, que encima le daba demasiada importancia a mi sufrimiento, y ya está. No me ofendo, no os

cortéis. Porque he aprendido a sonreír, a sonreír de verdad. Incluso a partirme de risa a veces, no os preocupéis. El caso es que la mía era una historia diferente. Pero gracias a un pequeño cuaderno que encontré de manera inesperada, el relato tomó un nuevo rumbo y se hizo escribir. ¿Ya estoy otra vez liando el asunto? Está bien, lo mejor será que no nos apalanquemos y entremos un poco en los detalles.

Por cierto, ya que ha salido el tema, llevo aquí casi tres años. Podría quedarme toda una vida. El hecho de no tener a nadie hasta puede venirme bien esta vez. Si hubiera querido, me podría haber hecho la sueca. Pero no lo he hecho. No hacía falta. Porque soy incapaz de soportar quedarme permanentemente en un sitio. ¿Que qué lugar es éste? ¿Y si de momento decimos simplemente que se trata de una habitación? En el cabecero de la cama tengo puesta la fotografía de la persona cercana de la que he hablado. Porque es una pieza del espectáculo. Ella también era una mujer atormentada. Voy a compartir con vosotros su historia. Ella ya no vive. Como ya os he dicho, la he matado. Asfixiándola con la almohada. No fue muy difícil. Ya no podía hablar pero, mal que bien, aunque no del todo, entendía lo que se le decía. Le pregunté si quería Irse. Asintió con la cabeza, sonriendo. Su rostro reflejaba gratitud. Aun así, no pude pasar sin contemplar aquella lágrima que se le derramaba desde el ojo. Quién sabe lo que estaría sintiendo. Estaba orgullosa de mí, de mi decisión, de eso estoy segura. Y el resto corresponde ya a los demás. Justo en ese último Instante compartimos un sentimiento cuyo valor perdurará. Al optar por la muerte, estábamos ganándonos la vida y ganándonos la una a la otra. Os va a parecer extraño, pero justo en esos momentos vivimos una verdadera unión. La historia es larga, muy larga, de hecho. Ya os lo he dicho, todavía no sé ni cuánto puedo ni cuánto quiero contar. Una parte transcurre en los pasillos de un Internado. Otra, en aburridos campamentos de verano, y otra, en otras tierras. Me habría pasado muchos años más sin volver de no ha-



berme enterado por la vecina, que sabía adonde me había marchado. La habían ingresado en el hospital. Estaba luchando a zarpazos con la muerte. Sería bueno que yo fuera. Dudé. Dudé mucho. Pero al final una voz me dijo que debía regresar. Quizá también quisiera ver cómo se iba muriendo. Al volver, me enteré de los detalles. Al parecer, había sufrido una crisis cardíaca, o mejor dicho, su corazón se había detenido momentáneamente, la habían intervenido y lo habían puesto de nuevo en marcha, pero su cerebro, por la falta de riego durante ese rato, había perdido sus funciones, se había convertido en un montón de carne. Cuando llegué, la habían subido a planta después de dos días en cuidados intensivos. Me percaté de que sonreía levemente al verme. ¿Me habría reconocido? No es fácil responder a eso. En cuanto a los médicos, no les costó tomar una decisión con respecto a ella. No quedaba nada por hacer. Podíamos llevárnosla a casa. Pasó dos noches más en el hospital. Y después volvimos a la habitación en la que se había tirado años viviendo. Lo demás ya os lo he contado. Aunque lo que pasó en la habitación del hospital no os lo he relatado entero. Ahora es el momento de mencionar de nuevo el cuaderno del que os he hablado antes. Porque al menos una persona tiene que saber lo que he vivido. Por lo menos una persona. Lo cual quiere decir que a mí también me hace falta un espectador; no puedo soportar la idea de que mi rastro se pierda para siempre.

El cuaderno se me apareció de repente un día al abrir el cajón de la mesilla. No he Investigado, no he tratado de entender cómo lo colocaron ahí ni por qué. Quizá se olvidaran de él, quizá lo pusieran adrede, o quizá lo dejaran ahí porque ya no lo consideraran importante. Desde luego, si se trataba de un juego, los juegos me encantaban. Y si era el producto de un olvido y me brindaba la ocasión de penetrar en la vida privada de alguien, de descubrir a ese alguien en toda su amplitud, me encantaba todavía más. Tenía tiempo. Empecé a leerlo. Y si sólo me hubiera encontra-

do con esto que acabo de decir, habría estado bien. Pero al cabo de unas cuantas páginas sentí como si entre líneas hubiera una llamada dirigida a mí. Es muy difícil describir esta sensación. Mi nombre no salía por ningún lado, y aparentemente lo que se contaba no tenía nada que ver con lo que yo había vivido. Sin embargo, lo que se manifestaba en un par de frases me resultó tan familiar que por un momento incluso me dio la Impresión de que hubieran depositado el cuaderno para mí en ese cajón. Como si supieran que yo iba a llegar hasta él. Que iba a encontrar el cuaderno, que lo iba a leer. No podía quitarme de encima esa sensación. ¿Se me estaba pidiendo seguir las huellas de un relato? ¿Se había quedado una novela en su fase de preparación? Al terminar de leer cerré los ojos, traté de sentir el texto así como la noche. Y como algunas noches posteriores. Después tomé una decisión. Había dejado atrás el episodio del hospital. Ahora estaba en el lugar donde se iba a cometer el crimen. Era otra vez de noche, el momento más oportuno para emprender ese viaje. Aquella allegada mía se había sumergido en un sueño profundo. ¡Cuánto tiempo llevaba de hecho sumida en su propio sueño! No sentí reparos en dejarla así unas cuantas horas. Me caractericé del modo que consideré más apropiado para la historia. Nunca antes me había puesto el vestido que llevaba. Ahí estaba. Quizá lo hubieran confeccionado, planeado para este relato. Un vestido largo, estrecho, color fresa, que se me ceñía bien al cuerpo. Con el pelo no tenía pensado hacer nada. Las manos me permitieron aderezarlo cómodamente del modo más apropiado. Luego le tocó el turno al maquillaje. Pintalabios rojo. Rojo cereza. Era mi color. Y aquel collar... Aquel collar era una herencia... Salí. Hacia la dirección que figuraba en la primera página del cuaderno...

¿Y después? Lo que pasó después también os lo voy a contar. Ya no tengo escapatoria. Pero antes tenéis que leer el cuaderno vosotros también, igual que yo. Es la única manera de poder penetrar el relato, penetrar en el sentimiento

de la noche que viví, que Incluso les hice vivir a otros. Me quedo pues callada un rato.

# ALIKOBENI

*(Borrador de novela)*

Entre las escenas de mis años de infancia, las hay que jamás se me han borrado de la memoria. Las voces y las imágenes que han quedado veladas por la cortina de niebla del pasado pertenecen principalmente a los meses de verano y por tanto a la casa que teníamos en Erenkóy, donde me sentía algo mejor porque ya no tenía clases, y también a sus recuerdos. Con frecuencia he vuelto a aquellos días. Bien sea en mis historias, en mis sueños o en las caras ocultas que las relaciones que he vivido me han ido dejando dentro. De hecho, todo era lo mismo. Quiera o no he transportado a la misma persona a los diferentes lugares y épocas. Y las huellas que se me han presentado han sido siempre las de la misma fantasía, incluso las de la misma mentira; huellas que me he pasado la vida tratando de comprender y transmitir a fuerza de perseguirlas.

Días de infancia, de adolescencia, de juventud... Cada vez que contemplo de nuevo esta cara de la vida, me viene a la mente una de las palabras más mágicas de aquellos días. *Alikobeni*... ¿Habíais oído ya esta palabra? Una gran parte de mis contemporáneos que hayan pasado por un clima de lenguas y sentimientos semejante al mío, seguro que sí. Os voy a contar lo que significa, o mejor dicho, los momentos en los que cobraba valor. Pero antes, para que me entendáis mejor, debo compartir con vosotros otra escena que me pertenece.

Imaginaos ahora a un chaval de unos ocho o diez años, solitario, que trata de valerse por sí mismo. Y también una escena en la cocina donde se vive el trasiego de preparar la comida, como en casi todo hogar judío cada viernes por la mañana... Todo debía estar listo antes de la noche sagrada del sabbat, que daría comienzo en algún momento de la tarde. El papel protagonista de la escena lo interpretaba mí

abuela paterna, que asumía las labores de la cocina un poco por voluntad propia y seguramente un poco también por obligación. Digo por voluntad propia porque, si quería convencerse de que ostentaba la superioridad en la lucha de poder en la que se había enzarzado con mi madre en casa, no tenía otra elección. Y digo por obligación porque mi madre, al fin y al cabo, no sabía cocinar. Y aparentemente, tampoco hacía ningún esfuerzo por aprender. ¿Se le habrían quitado las ganas al ver lo bien que estas labores se le daban a su suegra? También puede ser que esa retirada la beneficiara, porque le daba opción a escaquearse de una tarea doméstica importante. Me pasé mucho tiempo creyendo en esta posibilidad. Y cuando me enteré de que, como otras vivencias, mi madre no había tenido más remedio que aceptar sumida en un profundo disgusto lo que le tocaba vivir, todo mi ser se vio inundado por un dolor punzante que aún no he sido capaz de expulsar. Ya era demasiado tarde. Ni yo ni nadie teníamos el poder de modificar el pasado. Un poder del que tal vez yo no pudiera disfrutar más que en los relatos que iba a escribir y en las vidas que quizá fuera a trazar de nuevo en ellos, aunque mi labor no iba a suponerle ningún beneficio a nadie, tampoco a mí. Y no solamente por ella, también lo lamentaba por mí mismo. Porque entendí que durante años no la había sabido comprender, y porque tenía que aceptar que jamás sería uno de esos hombres orgullosos de las comidas de su madre. ¿Acaso mi interés por la cocina provenía del deseo de cubrir secretamente este vacío? La pregunta es bastante excitante. Y con el sentimiento que esta pregunta despierta podemos ir a donde comienza la historia. La imagen de la que quiero hablar pertenece a una escena que por aquellos años se representaba, se repetía a menudo.

Aquel niño solitario de unos ocho o diez años se sentaba por lo general en algún sitio adecuado de la encimera y contemplaba, obstinada y pacientemente, a su abuela cocinar. Se había construido ya todo un mundo partiendo de la

elaboración y de los olores de las comidas. Hasta el punto de que se sabía capaz de hacer él solito pimientos rellenos, berenjenas con carne picada, albóndigas de puerro, caracolas de berenjena e incluso judías con espinacas, sin grandes apuros y sin pedirle ayuda a nadie. Naturalmente, él tampoco era consciente de que todo lo que sabía, lo que había sepultado en su interior, iba a retornar algún día a su vida a través del plumín de su estilográfica. ¿Cómo iba a saberlo? En el futuro que se le proponía no entraba ni ser cocinero ni ser escritor. Aunque en realidad el maestro, sin darse cuenta, con una postura muy propia de la tradición, le había transmitido a través de la práctica esa herencia. Sin perseguirlo. Sin ninguna intención, sin ni siquiera soñarlo. Porque era imposible que aquella mujer clásica otomana viera con buenos ojos que un hombre cocinara. Y en cuanto a lo que se producía en esa escena, la mujer, por lo que se entiende, lo consideraba un juego, y no la mismísima realidad. Un juego que, sin embargo, en la vida de aquel niño que no siempre sentía aprecio por los juegos callejeros de los chavales de su edad, estaba quedándose grabado como una historia muy real. Con sus sabores, sus colores y sus aromas...

Si bien podía pasar también que el juego, de vez en cuando, sufriera alguna interrupción. Y entonces se entreaabría la puerta a otro juego. Las mañanas de los viernes en que mi abuela se agobiaba más de lo habitual, cuando, por ejemplo, tenía que preparar comida especialmente variada y en mayores cantidades para los invitados que vendrían a la cena del sabbat, no le gustaba, como decía ella, que yo «hiciera multitud». ¿Cómo puede ser multitud una persona sola? Es algo que yo no entendía por aquel entonces, y hoy por hoy tampoco demasiado. Quién sabe lo que querría decir en realidad. Si bien la decisión no solía surgir de inmediato. Aun presintiendo que al cabo de un rato me acabarían echando de la escena, yo trataba de quedarme allí todo lo que podía y esperaba a que se pronunciara la frase